Crítica para los pibes

AÑO II. — Buenos Aires, 8 de Diciembre de 1926 — Núm. 65

Las Grandes Figuras de las Letras: Homero



Penélope y Elena

UNOS mil años antes de nuestra era, las costas del mar egeo y las islas próximas al litoral aquel aparecían pobladas por griegos emigrados del continenete helénico, a quienes habían empujado, desde el norte de la península, los montaneses belicosos que bajaban hacia tierras más repuestas. Instalados los emigrantes en aquella región rica y amorosa, con un mar no difícil de navegar, abierto delante de ellos al comercio, pronto alcanzaron una gran prosperidad. Tenían ciudades muy macizamente construídas como Mileto, Quios y Esmirna, con puertos de mucho tráfico y tierras bien regadas. Los grandes señores habitaban placios magníficos, decorados con gran lujo de metales preciosos y de muy alegres y vistosos colores.

Pero aún así, jamás habían dejado de sentir la añoranza de su patria antigua. Hallaban el más vivo placer en oir las narraciones que recordaban las hazañas de los héroes de otro tiempo, las poderosas monarquías que habían fundado, sus gestas magníficas, por mares y tierras. En la hora del banquete, cuando los convidados se agrupaban en torno del cabeza de familia se levantaba un aeda, es decir un cantor, con la lira en la mano, y acompañándose discretamente con su melodía recitaba un cnto harmonioso, grave, sobre algún hecho de la antiguedad. El canto era lo que más realce y prestigio daba a un festín.

Entre los cantores de la Grecia asiática, que iban errantes de palacio en palacio, bien acogidos siempre en todas partes hubo uno que eclipsó la gloria de todos los otros. Este fué Homero.

Sus obras no sólo fueron las más inspiradas, sino que tuvieron como aliciente el tema preferido por aquel público, es decir la guerra de Troya.

En esta grandiosa expedición todos los griegos europeos se habían unido contra la potencia de los dardánidas, gente de una raza afín, parienta próxima de los mismos griegos y que tenía su ciudadela en Troya o Ilión, un poco más abajo de la entrada de los Dardanelos, en la orilla del Asia. El pretexto para la guerra lo dió Alejandro, o Paris, uno de los hijos de Príamo, rey de Troya, que raptó a Elena, la mujer más bella de Grecia, esposa de Menelao, rey de Esparta. Esto debió suceder, posiblemente, doce o trece siglos antes de Jesucristo.

Los dos poemas homéricos, es decir la Ilíada o poema de Ilión y la Odisea, o poema de Odiseo, nombre griego de Ulises, rey de Itaca, pasaron de la Grecia asiática a la Grecia europea, junto con otros cantos que llevaban en su repertorio los recitadores de oficio. A estos los llamaban rapsodas, que en griego quiere expresar zurcidores de cantos. No llevaban lira como los aedas, sino que mientras estaban recitando empuñaban una varita, símbolo del derecho de ser escuchados. Causaron tal maravilla los poemas de Homero que fueron recitados no sólo en los convites, sino, oficialmente en las grandes festividades religiosas. Su estudio llegó a constituir el primer fundamento de la educación literaria de un griego.

No es, pues, nada extraño que su autor fuese tenido por un dios y que sobre su persona se forjasen leyendas, hasta el punto de que hoy no sólo no es posible trazar una biografía segura, sino que aun se llegó a creer que no existió nunca, y que tanto la Ilíada como la Odisea son la acumulación de diversos cantos, compuestos por diversos poetas, o al menos obras de dos autores diferentes.

En cualquier caso, todo lector de estas narraciones admirables verá siempre levantarse ante sus ojos la sombra del Homero legendario, nacido tal vez en Esmirna, o por ventura en otra de las siete ciudades jonias que pertenden la gloria de haberle dado a luz, y le imaginará errante por los mares de Grecia, recogiendo viejas tradiciones, y más tarde ya ciego recitando sus poemas en la corte de algún opulento rey.

Agamenon y Ulises

La Iliada tiene por asunto principal la ira de Aquiles, el joven e impetuoso príncipe de los mirmidones, hijo de Tetis, la diosa del mar, y del mortal Peleo. Ofendido por Agamenón, caudillo de la hueste griega, rey de Argos y hermano de Menelao, porque contra todo derecho de guerra le quita una esclava llamada Briseida, Aquiles se retira a su tienda y jura no combatir más en las filas de los griegos.

Hace nueve años que duraba la lucha; el noble Héctor, hijo del rey Príamo, defndía a Troya con una valentía y ardimiento que la hacían inexpugnable. L como el ms valeroso de los griegos, Aquiles, ya no blandía su lanza terrible, los troyanos llegaron hasta a pegar fuego a las naves de los sitiadores. Los dioses que desde el comienzo de la guerra habían tomado partido quién por estos guerreros, quién por aquellos, se llegaron a encender en sus pasiones con tales iras y odios que bajaron al mismo campo de batalla para pelear personalmente en uno y otro bando. Por fin, Aquiles, consiente en que su amigo Patroclo el tome sus armas personales y se revista con elals para salir al encuentro de los troyanos. Pero Héctor, mata a este guerrero y le despoja de las armas de su amigo terrible. El dolor y la ira pueden entonces mucho más en el ánimo de Aquiles que toda la elocuencia de Néstor, el anciano rey de Pilos, y de Ulises el astuto itaquense. Pasa por encima de su juramento, se ciñe, a falta de sus armas, otras nuevas forjadas por el mismo dios forjador Vulcano; con ellas se lanza en pleno combate, hace retroceder a los troyanos en desorden y, en fin, mata a Héctor, el único valiente que osa plantarle cara. I el poema acaba quí con los munerales de los dos ilustres muertos, Patroclo y Héctor.

Los dioses, según la fábula, habían ofrecido al fuerte Aquiles la gloria pero a cambio de una vida certa. Así es que muere por una flecha que París, el muelle raptor de Elena, le clava en el talón del pie.



Nestor y Menelao

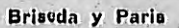
A los diez años de comenzado el asedio cayó Troya en poder de los griegos, gracias a las astucias de Ulises. Este hizo creer a los sitiados que las huestes se retiraban y consiguió introducir en la ciudad, como pretendida ofrenda a Neptuno, un gran caballo de madera, en cuyo vientre se ocultaban los más espantables guerreros. Por eso se conocía a Ulises entre los griegos con el sobrenombre de "destructor de ciudades". Era ingenioso y prudente en gran manera y Minerva, diosa de la sabiduría, le protegía y aconsejaba en toda ocasión. Vencida Troya, anduvo errante diez años, antes de volver a su isla de Itaca. Sus numerosas aventuras son el tema de la Odisea. Entre ellas, es famosa la del Ciclope, gigante, hijo de Neptuno, a quien horada el único ojo con una gran estaca convertida en tizón encendido. Al volver, por fin, a su patria en un bajel de los feacios, cuya princesa Nausica le había acogido, le esperaban nuevas desventuras. Creyéndole muerto, una turba de nobles, jóvenes, con pretexto de pretender la mano de su esposa Penélope, espejo de mujeres fieles y discretas, iban cada día a su casa y le consumían los rebaños y el vino, en un continuado festín. I encima todavía conspiraban contra Telémaco, el heredero legítimo.

Ulises, disfrazado de viejo mendigo, se introduce en escena, y cuando Penélope, siempre con la esperanza de volver a verle, dice a sus pretendientes que se casará con aquel que logre tender el arco de su marido, éste, como por juego, lo coge con sus robustos brazos y va matando uno por uno a todos los mancebos derrochadores.



Aquiles y Héctor

EL DUCHOFF-6". — MODELO DE ESTACION. — PIDA UNA DEMOSTRACION Y QUEDARA FRIO



Briseda y Paris

de Robos y Hurtos, para que efectun- | su conferencia con el señor Urruchúa por

DIAS, HORAS, MINUTOS Y SEGUNDOS...

He aquí un concep cuya naturaleza, juntamente con la del espacio, ha dado mucho que pensar a los filósofos de todas las edades. Dejemos nosotros sus disquisiciones, y sin ver en él otra cosa que "la sucesión de actos que se excluyen", indaguemos si el tiempo se puede medir y cuales son sus medidas apropiadas.

Todas las magnitudes que tienen partes que se excluyen, pueden ser medidas.

Medir una magnitud no es otra cosa que compartirla con otra magnitud fija y determinada de la misma especie, que se toma como unidad. Así, el comerciante que mide la "largura" de una pieza de tela, no hace sino compararla con otra "largura" fija y determinada, v. gr., el metro, que se ha tomado como unidad.

Si, pues, el tiempo es una magnitud que tiene partes que se excluyen, podrá también ser medida. Para esto bastará otra magnitud constante de la misma especie, un tiempo fijo y determinado, que nos sirva de unidad o tipo de comparación. Esta unidad nos la da ya la misma naturaleza; y es el tiempo que emplea el Sol en pasar dos veces consecutivas por el meridiano de un lugar, dando una vuelta aparente completa de la Tierra. A esta unidad la llamamos "día".

En realidad, el tiempo que tarda el Sol en pasar dos veces consecutivas por el meridiano de un lugar, no es fijo, constante ni uniforme en el decurso del año sino que varía continuamente, aunque con pequeñas oscilaciones, por tres razones: por ser la órbita de la Tierra elíptica, por estar inclinada con respecto al Ecuador y porque la Tierra gira porque la Tierra gira por ella con movimiento no uniforme.

Por consiguiente, no podríamos tomar como unidad o tipo de comparación una magnitud que continuamente está variando. Para obviar esta dificultad se ha convencido en lo siguiente. Imaginemos que la órbita de la Tierra es circular, que está situada en el mismo plano que el Ecuador, y que la Tierra camina por ella con movimiento uniforme, tardando en dar una vuelta entera alrededor del Sol el mismo tiempo que ahora tarda. Entonces sucedería que el Sol tardaría siempre el mismo tiempo fijo y constante en pasar dos veces consecutivas por el meridiano de cada lugar y al cabo del año, el conjunto de estos días, absolutamente iguales, tendría el mismo valor que un número igual de días reales, con las pequeñas desigualdades que en realidad tienen.

Es verdad que no existe realmente ese Sol que tardaría siempre el mismo tiempo en pasar dos veces consecutivas por el meridiano de cada lugar; pero los astrónomos hacen sus cálculos como si realmente lo vieran recorrer el cielo, por él cuentan los días y miden el instante preciso en que pasa por el meridiano de cada lugar, que de ordinario no es el mismo en que pasa el Sol real. A este Sol fingido por los astrónomos, se le llama Sol medio o Sol ficticio.

Con este convento ya tenemos una medida siempre fija constante y uniforme para medir el tiempo: o sea el que emplea este Sol medio o ficticio entre dos pasos consecutivos por el meridiano de un lugar; se llama día medio o día civil, y empieza a contarse desde media noche, o sea cuando el Sol pasa por el meridiano opuesto al de un lugar. Los astrónomos, sin embargo, empiezan a contarlo desde el medio día, o sea cuando el Sol ficticio pasa por el meridiano de cada lugar. Ultimamente se están haciendo tentativas para llegar a un convenio universal, de modo que el día astronómico empiece como el civil, a media noche.

Se deduce de lo dicho que en rigor, el día medio o civil empieza en diferentes momentos para los lugares que están situados en diversa longitud.

En cambio, hay otra clase de días: el día "sidéreo", que empieza para toda la Tierra en el momento preciso en que pasa el Sol por el meridiano del "punto vernal". Este punto es el de la intersección de la elíptica con el Ecuador, subiendo del hemisferio Sur al Norte.

En el lenguaje familiar, el "día" como contraposición la "noche", es el tiempo en que el Sol brilla sobre el horizonte de un lugar. Siendo l Tierra esférica, claro está que tampoco en este sentido el día empieza ni acaba en un mismo instante para todos los puntos del globo y que mientras es de día para un hemisferio es de noche para el otro.

La duración del día y de la noche no es igual en todos los países ni constante en un mismo país.

Si la "eclíptica", o camino real que la Tierra recorre alrededor del Sol en un año, fuese paralela al Ecuador y estuviese en el mismo plano que él, la duración de los días de luz sería igual y constante de doce horas para todos los puntos del Globo. Pero no es así. La eclíptica forma con el Ecuador un ángulo de 23° y 5' y esto es causa de grandes variaciones en la duración de los días de luz. Véanse las posiciones y zonas de iluminación de la Tierra cuando ésta se halla en los dos puntos de la eclíptica más distantes del Ecuador, y cuando se halla precisamente encima de él.

Haciendo con la imaginación girar a la Tierra sobre su eje, cuando se halla en las dos posiciones extremas se observará que en uno de los polos no se oculta el Sol, mientras que en el otro no aparece; que el tiempo que cada lugar del mundo está en la zona iluminada, osea la duracin del día de luz, es diferente para cada latitud; y por último, que en un mismo punto de la Tierra, la duracin del día de luz es diferente según se encuentre la Tierra en una de las tres posiciones.

De todo lo cual se deduce que en el Ecuador el día e ssiempre igual y uniforme de doce horas; que en los polos hay seis meses de día y seis de noche; que, en las demás latitudes varía la largura de los días y de las noches en el transcurso del año, y que esta variación es mayor en los puntos que más distan de Ecuador.

Para medir cantidades pequeñas de tiempo, ha sido necesario fijar una medida más pequeña que el día; esta unidad es la "hora".

Como no está fundada en hecho alguno natural, sino que es arbitraria, su magnitud ha tenido diversos valores para diversos pueblos.

Los hebreos dividieron el día en tres partes: mañana medio día y tarde; y la noche en otras tres: primera, segunda y tercera vigilia.

En tiempo de Jesucristo dividían los judíos el día de luz en doce horas repartidas en cuatro grupo de a tres, que se llamaban "prima tercia, sexta y nona"; y la noche en cuatro vigilias.

oLs romanos dividían el día de luz en doce horas, empezadas a contar desde que salía el Sol hasta que se ponía.

Hoy dividimos el día civil medio en 24 horas, empezadas a contar desde media noche, al pasar el Sol por el meridiano opuesto al de cada lugar. Pero como esto sería origen de trastornos y confusiones para el comercio y las comunicaciones de diversos pueblos, porque todos los puntos que están en diversos meridianos tendrían hora diferente, ha sido necesario unificar la hora dentro de determinadas regiones que la tengan no muy diferente. Par aesto, tomando como fundamento el meridiano del Observatorio de Greenwich, cercano a Londres.

Accidentalmente y por razones económicas, los gobiernos de los países europeos, en los meses en que la luz del día es de mayor duración, adelantan la hora en 60 minutos, para economizar combustible, engañando ingeniosamente a la tendencia de los hombres a invadir para sus trabajos y diversiones de campo de las primeras horas de la noche, y desperdiciar el tesoro de luz natural de las pimeas hoas de la mañana.

Las evoluciones de la Luna alrededor de la Tierra, y sus fases, han dado fundamento para establecer otras unidades de tiempo mayores que el día.

aY en la antigüedad algunos pueblos arios medían el tiempo por el período de días que media entre el plenilunio y la luna nueva; y aun hoy lo hacen así algunos pueblos de la India.

Se cree que fueron los hebreos los que primero dividieron el tiempo en períodos semanales de siete días, tiempo aproximado de cada una de las fases lunares y, recuerdo, sin duda, de los siete días de la creacin. De ellos, quizá lo tomaron los griegos y romanos, y dedicaron cada uno de los días de la semana al culto de una divinidad planetaria, llamándolos respectivamente, como aún lo indican sus nombres en nuestro idioma, día del Sol, de la Luna, de Marte de Mercurio, de Júpiter, de Venus y de Saturno.

Los cristianos cambiaron el nombre del primer día llamándolo "día del Señor" (diez dominica), domingo.

'Otra unidad mayor para medir el tiempo, fundada también en la duracin de un giro aparente de la Luna alrededor de la Tierra, es el ',mes".

Antes de que se conociera la duracin del año solar, medían los antiguos el tiempo por las revoluciones de la Luna, cada una de las cuales dura aproximadamente 29 días y medio. El año constaba entonces de doce lunaciones, o sea de 354 días, y se diferenciaba del año solar en 11 1|4 días. Pero esta diferencia acumulada en el transcurso de varios años hacía que las estaciones no coincidiesen siempre con los mismos meses; y para evitar este inconveniente cada tres años añadían a los doce meses lunares un nuevo mes, que volvía a regularizar la coincidencia de las estaciones con los meses oportuno.

Los egipcios tenían los meses de treinta días, y reuniéndolos en tres grupos de cuatro meses formaban sus tres estaciones de la "inundación, siembra y recolección". La reunión de estas tres estaciones formaba el año de 360 días, a los que añadían cinco días "epagómenos" para igualar los 365 del año solar.

Los griegos dividían el mes en tres períodos o décadas de diez días; sistema que la revolución francesa quiso también adoptar para su calendario.

Los romanos señalaban en cada mes tres días fijos que se llamaban respectivamente Calendas, Nonas e Idus.

El día de las Calendas era invariablemente el primero de cada mes; en los meses de marzo, mayo, julio y octubre, las Nonas eran el día 7 y los Idus el día 15; y en los demás, meses las Nonas eran el día 5 y los Idus el 13. Para señalar un día determinado del mes, decían: en la Calendas, en las Nonas o en los Idus de tal mes, si se trataba de sus fechas respectivas, y si no, por el número de días que se hallaban entre el día en cuestión y la primera fecha fija próxima, ambos inclusive; así, por ejemplo, al día 20 de abril lo llamaban día duodécimo antes de las Calendas de mayo.

Entre los primitivos romanos, el año tenía sólo 10 meses; cuatro de ellos de 31 días y los otros seis de 30; marzo era el primer mes del año, y el último diciembre. Numa agregó a los diez primitivos los meses de enero y febrero; el cónsul Marco Antonio dedicó el mes "Quintilis" a Julio César, dándole su nombre, y el Senado honró después la memoria del primer emperador Augusto dando su nombre al mes "Sextilis".

Después de la reforma del Calendario por Julio César, los meses impares tenían treinta y un días y los pares treinta, excepto febrero que tenía 29 cuando el año no era bisiesto; pero Augusto quiso añadir un día más al mes de agosto que llevaba su nombre, y este día se lo quitó a febrero, que desde entonces quedó con 28 días. Y para que no quedaran tres meses seguidos, julio, agosto y septiembre, con 31 días se redujeron a 30 los días de septiembre y noviembre, dando 31 a octubre y diciembre.



EL MUNDO DE LA ZOOLOGIA

LOS vertebrados son animales de simetría bilateral, provistos de un esqueleto interno cartilaginoso u óseo, que en este último caso está articulado en una columna vertebral. Presentan apéndices, unos dorsales, limitando una cavidad para la médula espinal y el en-

Jumentáceos. — Cebra

céfalo, y otros ventrales, las costillas, que forman otra cavidad



Marsupiales. — Kanguro gigante

para los órganos vegetativos. Tienen, a lo sumo, dos pares de miembros.

La clase superior y más perfecta de estos animales la forman los "mamíferos", que son vertebrados d sangre caliente, que tienen pelos, son vivíparos y están provistos de mamas.



Carnívoros. — Bull-dog

Dentro de esta clase se distinguen las órdenes siguientes:

Los "monotremos". Tienen las mandíbulas alargadas en forma de pico; patas cortas que terminan en cinco dedos armados de fuertes uñas; huesos marsupiales y una cloaca. Habitan en Australia.

Los "marsupiales". Sin placenta, de sistema dentario muy variable, con dos huesos marsupiales que sostienen una bolsa, dentro de la cual están contenidos las mamas.

Los "cetáceos". Marinos de cuerpo pisciforme, no revestidos de pelos en todo su cuerpo, con las extremidades toráxicas transformadas en aletas, y las abdominales atrofiadas o nulas y con una aleta horizontal y un solo par de mamas.

Las "desdentados". De dentadura incompleta y a veces nula; carecen siempre de incisivos, tienen molares numerosos por lo general, pero desprovistos siempre de esmalte y casi siempre de raíces. Sus miembros terminan en grandes uñas encorvadas.

"Jumentáceos". Ungulados, pesados y de gran talla; dedos en número impar, de los cuales el del medio suele estar más desarrollado; estómago simple; ciego muy voluminoso, dentadura casi simpre completa, aunque les faltan a veces por excepción los incisivos.

"Súsidos". Placentrios, de den-



Pinnipedos. — Foca

tadura completa y caninos muy desarrollados; tienen estómago sencillo, y los dedos pares.

"Rumiantes". De estómago compuesto; carecen de caninos y a veces de incisivos superiores; sus huesos metacarpianos y metarsianos están por lo general soldados.

"Proboscídeos. Multiungulados, con los dedos envueltos en piel, de gran talla, provistos de una larga trompa que funciona como órgano prehensil, con molares compuestos y dos colmillos a modo de defensas en los intermaxilares.

Desdentados. — Armadillo

Roedores. Con dedos móviles armados de uñas; su dentadura es incompleta; no tienen caninos; sus incisivos carecen de raíces y están cortados a bisel, y sus molares ostentan unos repliegues de esmalte transversales.



Quirópteros. — Vampiro

"Pinnípedos". Cubiertos de pelo, que viven en el agua; tienen dentadura completa y cabeza redonda; sus narices se cierran con válvulas; sus pies pentadáctilos están transformados en aletas para nadar..

"Carnívoros". Carnívoros con dedos armados de poderosas uñas, y con un sistema dentario a propósito para cortar y desgarrar las carnes. Son giles y fuertes; tienen varios pares de mamas abdominables.

"Insectívoros". Dotados de pequeños dedos unguiculados, de un sistema dentario completo, caninos pequeños y molares agudos.

"Quirópteros". Unguiculados, provistos de dentadura comple-



Súsidos. — Jabalí

ta y de membranas cutneas entre los dedos de la mano y entre los miembros y las partes laterales del tronco. Tienen las mamas pectorales.

"Lemúridos". Unguiculados, trepadores, dotados de sistema dentario completo, de orejas puntiagudas, de manos y pies prehénsiles, y de mamas pectorales y a veces ventrales.

"Monos". Provistos de sistema dentario completo, con incisivos cortados a bisel, de extremidades prehénsiles con el dedo pulgar opuesto a los otros cuatro, y con dos mamas pectorales.

LA AUTONOMIA DE UNA BICICLETA

Millares de pibes son dueños afortunados de bicicletas; pero muy pocos so n los que saben, en qué consiste la máquina que poseen, y cómo puede remediarse cualquier inconveniente que pudiera surgir. Este artículo es, pues, de verdadero interés para los pibes.

POR fuerza ha de interesarnos conocer l a anatomía de ese artefacto que vemos correr por las calles con dos ruedas.

Vamos a hacer su disección.

Una bicicleta se compone de manillar, silla, ruedas, guardabarros nuemáticos, pedales, frenos, engranajes, cojinetes, lámpara, bomba, timbre y juego de herramientas.

Como quiera que el manillar no sólo sirve para gobernar la máquina sino también para ofrecer apoyo al ciclista, se procura que no esté demasiado bajo con relación a la silla. El manillar algo encorvado hacia arriba no sólo es más cómodo, sino que permite que la bicicleta pueda sostenerse sola, puesta del revés, en caso necesario.

Es muy de tener en cuenta que sea cómoda la silla, lo cual estriba más en la forma de ésta que en los mismos muelles. Hay sillines neumáticos que no ofrecen grandes ventajas sobre los sillines corrientes de muelles; en cambio, ocasionan más cuidados y molestias.

En las ruedas están los radios, las llantas, los guardabarros y los neumáticos. Se fabrican llantas de aluminio y de acero; pero también se construyen ruedas de madera, siendo muy discutible el que éstas sean menos fuertes que aquéllas. Unicamente en las carreras y cuando el tiempo y el camino son muy buenos, se prescinde de los guardabarros. El poco peso que añaden a la máquina está muy compensado por lo resguardan el marco, los brazos de los pedales, la cadena y los pies del ciclista. Se hacen los guardabarros de acero, aluminio y celuloide. Estos últimos son los menos prácticos por lo quebradizos.

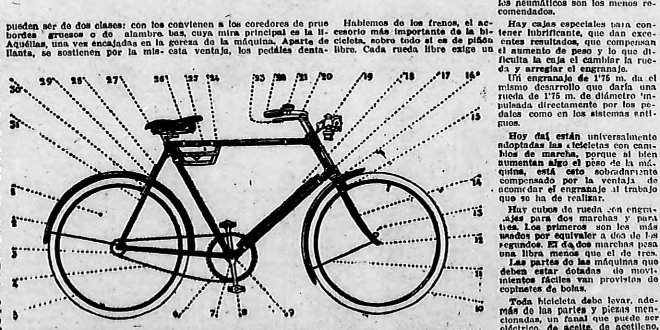
Una bicicleta con malos neumáticos es como una cabalgadura mal herrada. Los neumáticos baratos resultan caros y molestos por la facilidad con que se estropean. Su duración depende tanto de su grosor como de su calidad.

Las cubiertas de los neumáticos pueden ser de dos clases: con los bordes gruesos o de alambre. Aquéllas, una vez encajadas en la llanta, se sostienen por la misma presin del aire del neumático. Las de la alambre en los bordes son más ligeras.

Los pedales son de goma o de metal, dentados. Los segundosestán más generalizados.

convienen a los coredores de pruebas, cuya mira principal es la ligereza de la máquina. Aparte de esta ventaja, los pedales dentados estropean el calzado, no disminuyen la vibración y una vez desgastados son resbaladizos, razones por las cuales los de goma

Hablemos de los frenos, el accesorio más importante de la bicicleta, sobre todo si es de piñón libre. Cada rueda libre exige un par de frenos, y si se ha de marchar por pendientes pronunciadas es conveniente un freno adicional. La vida del ciclista puede depender de los frenos de la máquina. Los principales sistemas de frenos son tres: en las lantas, en el cubo de las ruedas y en la cubierta de los neumáticos. Los primeros son los más científicos; sus únicas desventajas son que destruyen las llantas débiles y aun sirven de estorbo al mudar las ruedas. Los frenos en el cubo de la rueda no tienen estos inconvenientes, pero pueden estropear los radios y calentar demasiado el cubo; sona demás difíciles de renovar por un simple aficionado. Los frenos en las bandas de los neumáticos son los menos recomendados.



1 Rueda. — 2 Guardabarros. — 3 Piñón. — 4 Cadena. — 5 Llanta. — 6 Rueda de engranaje. — 7 Manivela. — 8 Pedal. 9 Eje de la rueda de engranaje. — 10 Neumático. — 11 Varilla sujeta-guardabarros. — 12 Eje de la rueda directriz 13 Engrasador. — 14 Horquilla. — 15 Patín del freno delantero. — 16 Guardabarros. — 17 Cabeza de la horquilla. 18 Bomba. — 19 Farol de acetileno. — 20 Manillar. — 21 Timbre. — 22 Puño. — 23 Palanca del freno. — 24 Eje del sillín. — 25 Cartera de herramientas. — 26 Sillín. — 27 Muelles del sillín. — 28 Alambre transmisor del freno. — 29 Freno de herradura. — 30 Patín del freno posterior. — 31 Horquilla posterior.

Hay cajas especiales para contener lubrificante, que dan excelentes resultados, que compensan el aumento de peso y lo que dificulta la caja el cambiar la rueda y arreglar el engranaje.

Un engranaje de 1'75 m. da el mismo desarrollo que daría una rueda de 1'75 m. de diámetro impulsada directamente por los pedales como en los sistemas antiguos.

Hoy daí están universalmente adoptadas las bicicletas con cambios de marcha, porque si bien aumentan algo el peso de la máquina, está esto sobradamente compensado por la ventaja de acomodar el engranaje al trabajo que se ha de realizar.

Hay cubos de rueda con engranajes para dos marchas y para tres. Los primeros son los más usados por equivaler a dos de los segundos. El da dos marchas pesa una libra menos que el de tres.

Las partes de las máquinas que deben estar dotadas de movimientos fáciles van provistos de copinetes de bolas.

Toda bicicleta debe levar, además de las partes y piezas mencionadas, un fanal que puede ser eléctrico, de aceite, de acetileno, etc.; un ciclómetro, un timbre, una bomba para hinchar neumáticos y un juego de herramientas necesarias.

Describir más por menudo las diferentes operaciones que realizan todas las piezas de la bicicleta sería prolijo y resultaría casi superfluo, si se observan bien los gráficos, donde se muestran de modo evidente.

EL CUENTO DE LA SEMANA

LA HISTORIA DE LA B

POR JOSE DE

El mundo de la fantasía ti
de parecido con el de la re
es que, efectivamente, el
basa en el segundo, y para
a la imaginación, las buena
acciones de las gentes de es
se convierten en buenas y
ciones de las hadas de lo
Así como hay gentes m
pues, hadas buenas y mala
son siempre justicieras; l
dejan guiar por sus capr
mal genio...
Lo acontecido en el lejan
rioso país del que se ocup
es moneda corriente en nu
y en nuestras ciudades. Ca
cenario y los protagonista
la moda actual; pero la r
los hechos es la misma. Vé
lo que le sucedió a la pri
cuento, y veamoslo que oc
rio en todas partes...

BUENO es tener amigos; pero, en ocasiones, el que tiene muchos amigos se halla expuesto a disgustos y enfados. Así, por ejemplo, los reyes de un país, cuyo nombre no se cita en las crónicas, tenían amistad con las hadas, señoras tan poderosas, en otro terreno, como ellos mismos. Las hadas suelen ser amigas de los poderosos, no porque muestren desvío hacia los menos favorecidos por la fortuna, sino por la razón contraria. Ellas son las depositarias de los dones que hacen a los seres humanos venturosos y los dan a quien les cae en gracia, que, por lo general, es quien más lo merece.

Pero hay hadas buenas y hadas malas. Estas no tienen más ley que su capricho o su mal humor; aquéllas toman muy en cuenta los méritos de cada cual, y se muestran siempre justas y benévolas. A veces reparan con su intervención los trastornos ocasionados por sus malas compañeras de oficio.

Para tranquilidad de todos, hay que advertir que las hadas malas son pocas, y que las buenas están siempre vigilantes.

Sucedió que cuando los reyes de aquel país celebraron el bautizo de la princesa, su única hija, nacida después de muchos años de matrimonio, mandaron invitaciones a todas las hadas. De una se olvidaron, y no ha llegado a saberse si fué olvido en realidad, porque el hada en cuestión, la más vieja y la más fea de todas, era tan antipática que nadie la podía ver. Pero si no lo fué, grave error cometieron los reyes, porque ella, sin que nadie la invitara, se presentó en el salón del festejo, decidida a mostrar su enojo con alguna acción memorable.

No consiguieron los reyes con sus agasajos y amabilidades que ella se calmara, y cuando llegó el momento en que cada una de las hadas tenía que ofrecer un don a la princesa recién nacida, la olvidada se mostró como quien era. Ya le habían ofrecido las demás sus mejores presentes: una le predijo que sería la princesa más hermosa del mundo; otra le dió el talento; otra la gracia en el hablar; otra el gusto más exquisito, con todo lo cual en el término de unos cuantos años había de ser la princesa un conjunto de perfecciones. Pero el hada ofendida se adelantó y dijo:

"Todo eso tendrá,
mas de nada le servirá.
con el huso se pinchará,
con el hueso se pinchará,
muerta se quedará".

Por fortuna, otra de las hadas, que tenía en mucha estimación a los reyes, había podido esconderse y reservarse para ofrecer sus dones la última. Sabido es que, cuando un hada dice: "Esto ha de ser", nadie puede conseguir que no sea. Sólo otra hada favorable lo puede atenuar. Acercóse, pues, la que estaba escondida, y habló:

"Con el huso se pinchará,
pero no se morirá;
cien años dormida estará,
un príncipe la despertará
y con ella se casará".

No se tranquilizaron los reyes con aquella atenuación, y mandaron recoger y quemar todos los husos que hubiera en el reino y perseguir las ocultaciones con todo rigor, para ver si evitaban así los males predichos por el hada.

Fu creciendo la princesita, y, a la verdad, no podían cumplirse con más exactitud las promesas que se le hicieron: era hermosa, tenía talento, gracia, gusto exquisito y toda clase de perfecciones.

Pero también lo malo se cumple: un día que los reyes fueron de caza, subió la princesa a las guardillas del castillo real, que nunca había visitado. En una de ellas, apartada del mundo, vivía una vieja desde muchos años atrás; nada sabía del nacimiento de la princesa ni de la prohibición de los husos, y estaba hilando su copo, ajena a todas las cosas de la tierra.



—¿Qué haces, viejecita? — le preguntó.

—Hija, estoy hilando.

No había visto nunca hilar la princesa, y se encaprichó por el huso. Al cogerlo para ver si sabía manejarlo se pinchó en un dedo, dió un grito y cayó desmayada. Cuanto se hizo porque volviera en sí fué inútil.

Los reyes, avisados precipitadamente, comprendieron que se había realizado la temida predicción, y llamaron al hada buena.

Esta les dijo que dejaran a la princesa en aquel castillo; y tocando después con su varita mágica a las ayas, doncellas y azafatas, a los gentileshombres, sumilleres, alabarderos, lacayos, cocineros y pinches, a los caballos de las cuadras y a los mastines vigilantes y hasta a la perrita menuda que jugaba con al princesa, los dejó dormidos por cien años, para que al despertarse tuviera compañía. Y a fin de que el despertar no se retrasara ni un solo minuto, puso a la cabecera de la cama en que tendieron a la princesa un maravilloso aparato de relojería con cuerda para un siglo justo y cabal.

Con pena se apartaron los reyes, ancianos y sin otro heredero, de aquella hija tan hermosa cuyo despertar no habían de ver. Y a poco murieron y fué llamada a ocupar el trono otra rama lejana de la familia reinante.

Apenas hubieron salido del castillo, levantóse en derredor de éste una selva encantada, de frondas tan abundantes y espesas que ni aun los ojos podían penetrar en su maraña. Sólo en los días claros, por encima de los más altos árboles, se veía el ápice de los dorados chapiteles brillante a la luz del sol.

El pueblo fué perdiendo memoria de lo ocurrido y de allí a unos años sólo algunos viejos lo recordaban vagamente por habérselo oído contar a sus padres.

II

Cuando iban a cumplirse cien años, el hijo del rey que ocupaba entonces el trono, yendo un día de caza, vió, por entre la espesura que nadie había atravesado, brillar los chapiteles del castillo. No era el momento, y cuantas veces trató de abrirse camino, resultó chasqueado. Indagó, y le dijo, por fin, un leñador octogenario que, en tiempos de su padre, se decía que por allí había de estar el castillo de la Bella Durmiente, una princesa que se quedó dormida muchos años atrás, la más hermosa princesa del mundo, destinada al hijo de un rey.

Cualquiera que no fuese el príncipe habría pensado que al cabo de todo ese tiempo la princesa tendría que ser un vejestorio; pero a él ni siquiera se le ocurrió. Era muy joven, y para los jóvenes las princesas no son viejas nunca, sino hermosas y con cabellos de oro. No exageraremos ni pizca al decir que se enamoró como un cadete de la princesa desconocida.

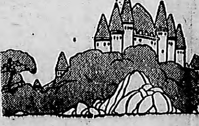
Volvió como si tal cosa a palacio, y al otro día, cuando el príncipe, al amanecer, llegó a la selva sin que nadie le viese, armado de un hacha para romper la espesura, tuvo la sorpresa de ver que las ramas se apartaban por sí mismas ante su paso. Pronto estuvo delante del castillo. Dormían a la puerta los centinelas fornidos, apoyados en sus alabardas; dormían los grandes mastines, echada la cabeza entre las patas; dormían los caballos en las cuadras y los cocineros en las cocinas; dormían los soldados del cuerpo de guardia y los clérigos en la capilla, y en rellanos, corredores, antecámaras y cámaras, dormían los servidores y los dignatarios, los pajes y los gentiles hombres, las azafatas y las dueñas. Sólo se oía, en todo el castillo, un resollar acompasado, y, de vez en cuando, un ronquido que se hubiera tenido por irrespetuoso en otras circunstancias.

Dormía también la princesa. El príncipe levantó las rojas cortinas de la alcoba y la vió tan

sonrosada
hubiesen c
raba suav
respirase
la mesa d
relojería l
tac. Sin
príncipe c
de la prin
un beso e
Abrió el
sado un s
vaba la cu
mo instan
liciosa, he
sas y tañíc



nos de r
cas, de s
ello mezc
receta se
en un to
sutil a l
sentidos
primer
conserva
Todo el
Frotánd
dose al
comenza
searse
záronse,
mastines;
to la
en la co
pal, que
pinche c
dos, no s
vantada;
capellán



...BELLA DURMIENTE

...DE SILVA

...sía tiene mucho ... la realidad. Y, ..., el primero se ... para dar vuelo ... buenas y malas ... de este mundo, ...nas y malas ac... de los cuentos. ...es malas, hay, ... malas: las unas ...s; las otras se ... caprichos y su ...

...lejano y miste... ocupa el autor, ...en nuestros días ... Cambia el es...nistas visten a ... la realidad de ...a. Véamos, pues, ...a princesita del ...ue ocurre a dia...

...rosada y gentil como si no ...biesen corrido los años. Respi...ba suavísimamamente, y como si ...pirase también, a su lado, en ... mesa de noche, el aparato de ...ojería lanzaba un quedo tic... Sin poderse contener, el ...íncipe cayó de rodillas al lado ... la princesa dormida y le dió ... beso en la mano.

...Abrió ella los ojos. Había pa...do un siglo. Del reloj, que lle...ba la cuenta, brotó en el mis... instante una musiquilla de...iosa, hecha de susurros de bri...s y tañidos de campaná, de tri...s de ruiseñor y voces angéli...s, de sonatas y sinfonías, todo ...o mezclado según arte cuya ...ecta se ha perdido, y acordado ... un tono tan penetrante y tan ...til a la vez, que llenaba los ...atidos de gozo. Aquel fué el ...mer despertador de que se ...nserva noticia en el mundo.

...Todo el castillo despertaba.

...Frotándose los ojos y echán...se al hombro las alabardas, ...menzaron los centinelas a pa...arse arriba y abajo; despere...ronse, con alegre ladrido, los ...stines; púsose en movimien... la muchedumbre cortesana; ... la cocina, el cocinero princi...l, que iba a dar un cacheto al ...iche cuando se durmieron los ...s, no se quedó con la mano le...ntada; y en la capilla, a un ...pellán que se durmió al decir: "Dominus vobiscum", le contestó un monaguillo al despertar: "Et cum spiritu tuo".

No le extrañó a la princesa encontrar a su lado, cuando se despertó, a tan gallardo mancebo. Mejor diríamos que se volvió a quedar encantada, pero ya de muy distinta manera. Mucho hablaron los dos, y resultado de lo que hablaron fué un aviso al alto clero palatino mandando disponer lo necesario para la boda. Celebróse ésta a mediodía, con toda solemnidad, y le siguió un festín espléndido y un baile.

Cuando el baile hubo terminado, todos se fueron a dormir. Y cuentan las crónicas que todos durmieron. Hasta se consigna el detalle de que el mayordomo mayor, señorón respetable, entrado en años y metido en carnes, se enfadó al día siguiente porque le hicieron levantarse a las once. No había tenido tiempo para descansar.

III

Volvió el príncipe al palacio del rey su padre, y nada dijo de su casamiento por temor a su madrastra, bruja de la peor especie, según se decía, por lo bajo, en todo el reino. Y se decía también que era ogresa y gustaba de comerse a los niños crudos. Tenía enteramente dominado al rey, que no veía más que por los ojos de ella. Pronto echó de ver que las frecuentes ausencias del príncipe encerraban algún misterio, pero él nunca llegó a revelarle nada.

Cuando el rey murió y el príncipe subió al trono, se sintió fuerte, y llevó a su mujer a la capital. Tenían ya dos hijitos, en los que renacían la hermosura de la madre y la gallardía del padre. Aurora llamábase la niña y Día el niño. En la capital se les hizo un recibiento entusiasta; todo el pueblo se engalanó, sintiéndose orgulloso de tal reina y de tales príncipes.

Declaró a poco el rey la guerra a un monarca vecino, y dejó en el palacio a su esposa. La madrastra la regaló con sus hijos a una casa de campo y se apoderó de la regencia. Pronto se vió que meditaba alguna fechoría. En efecto, una noche, llamando al cocinero mayor, le dijo: — Mañana, para almorzar, quiero comerme a la princesa Aurora.— Intentó el buen hombre hacer alguna observación, pero la malvada vieja no le dejó continuar. —¡Ay de tí, si no haces lo que te mando!

Dirigióse el cocinero a la casita, y buscó a la princesa Aurora: iba a cumplir cuatro años, y al ver al bondadoso servidor, que siempre le daba golosinas, le echó los brazos al cuello. Flaqueáronle a él las fuerzas, y, llevándose a la niña, la escondió en su propia casa. Mató en su lugar una oveja, y tan bien la preparó con salsas y especias, que la ogresa no advirtió el cambio y se dió por muy satisfecha de su sabrosa comida.

Unos días después volvió a llamar al cocinero: —Mañana, para almorzar, quiero comerme el príncipe Día.— Tenía éste tres años, y al servidor, después de la primera experiencia, no le fué difícil hacer otro cambio que tampoco advirtió la bruja.

Pero cuando le mandó matar a la reina, para comérsela también, el apuro fué grande. La reina tenía ya veinte años — sin contar los ciento que pasó dormida — y la sustitución no era fácil. Decidióse, pues, el cocinero a matarla, y estaba tan triste desde que le arrebataron sus hijos, que recibió la noticia de su muerte con alegría.

—Mátame, y así me reuniré con los hijos de mi corazón.

No pudo más el cocinero, y pensando que ya hallaría medio para arreglarse, exclamó:

—Con vuestros hijos estaréis, señora reina; pero no muriendo, sino encontrándolos vivos y sanos.

Y echándose a sus pies contó lo ocurrido, implorando perdón.

La bruja se comió una corza en lugar de su nuera, y, regocijada, se dispuso a escribir al rey diciéndole que a su esposa y a sus hijos los habían devorado unos lobos. Pero al pasar por las salas bajas del castillo oyó voces conocidas.

Paróse a escuchar, y pronto echó de ver que eran la reina y sus hijos: ella reñía al príncipe, que estaba siendo malo, y le amenazaba con una azotaina; la princesita Aurora intercedía por su hermano.

Montando en cólera al verse engañada, mandó llevar al salón del trono una gran cuba con pez hirviendo, y llenarla de víboras, sapos y sabandijas de toda especie, para echar después dentro a la reina y sus hijos, al cocinero mayor y a los que hubieran sido sus cómplices.

Ya iban a ejecutar la sentencia a la vista de toda la corte, cuando se presentó el rey, a quien nadie esperaba. Volvía victorioso, y para dar una sorpresa a los suyos, no había querido avisar.

Pero la sorpresa fué suya, y también de la ogresa malvada, que al verle entrar y al comprender que todos se pondrían de su parte, vió perdida la partida y se echó ella misma de cabeza en la cuba.



Así acabó aquella perversa mujer. Hay quien dice que no era sino el hada que condenó a muerte a la princesa; rabiosa por verla despertar del sueño de cien años en que su compañera cambió la sentencia, hizo cuanto pudo por deshacerse de la hermosa criatura, a quien todavía los tratados de historia antigua de su país llaman la Bella Durmiente.

Ya podían, pues, ser felices.

Y, para asegurar su dicha y la tranquilidad de sus descendientes, convocó el rey a todas las hadas y las dispensó para siempre de toda clase de regalos. Dió a cada una un castillo en la provincia más lejana de su corte, en la región de las Montañas Azules, y no tuvo con ellas más trato que el de una cortesía exquisita. Así renunció a los dones de ellas y no quiso más felicidad que la de verse entre los suyos y la de sus buenas acciones.

Su reinado fué para el país una bendición. Hubo, como siempre, ricos y pobres, pero todos trabajaron a una por la grandeza del reino, sin guerras, motines, huelgas ni calamidades públicas.

Esto, ya lo sabéis, ocurrió en días muy lejanos.





EL SECRETO DEL GIGANTE

BADICAN era el último hijo de un rey. Cuando llegó a la mocedad y supo esgrimir la espada y correr un brioso caballo, le envió su padre a que recorriese el mundo.

—Hay que saber luchar y vencer en cada momento de la vida, — le dijo. — Para ese es lo mejor largarse de joven a recorrer el mundo. Llévate lo que quieras en dinero y en criados.

Badicán montó en su caballo y se alejó del palacio, seguido de sus criados y bien provisto de dinero. Cruzó muchos países, combatió, durante años, con hombres y fieras. Pero llegó un día en que le faltaron criados y dinero. Se vió sólo y sin otros recursos que los de su valor y su inteligencia.

Preocupado y sin saber lo que emprender, iba cruzando los campos, cuando se vió delante de un enorme castillo, tan grande, que sus murallas se perdían de vista. Ni en él ni en los alrededores había un alma. Llamó, dió voces y nadie asomó.

Como estaba rendido de fatiga sentóse y medio se durmió. En esto, se oyeron unos pasos tan fuertes que hacían retemblar la tierra. Poco después, decía una voz cavernosa:

—¿Quién anda por ahí? Lo bueno. ¿Quién se atreve a llegar a mi castillo?

Badicán vió que se acercaba un hombre gigantesco. Parecía de acero. Badicán no se turbó. Echóse al camino y dijo:

—Soy Badicán; he recorrido el mundo, he peleado con hombres y bestias; vengo a combatir contigo.

El gigantón no hizo más que lanzar un estornudo: Badicán salió volando y fué a dar en el suelo a veinte metros de donde estaba.

—¡Ven acá! — le dijo el gigante, al verle humillado. — Eres un valiente. Te has atrevido a retar a Can-Bogú, el hombre temido en toda la tierra. Si te parece bien, quédate a mi servicio. Aquí en mi castillo no te faltará nada. Puedes conservar tus armas, porque no me pueden herir. Tu espada es para mí lo que un alfiler para ti.

Badicán aceptó.

Fueron pasando días, y cuando entre Can-Bogú y Badicán hubo mayor confianza, le dijo el primero al segundo:

—Aunque me ves alegre y activo, tengo una gran pena dentro de mi pecho. Estoy enamorado de la hija del rey. He querido robarla dos o tres veces, pero no lo he conseguido. Si tú, con valor y astucia, me la robas, tendrás toda la riqueza y todo lo que quieras.

Badicán se limitó a pedir un buen caballo. Montó en él y salió como un rayo en busca del palacio real de la princesa. Llegó a la capital del reino, se hizo jardinero de un jardín que había junto al palacio del rey. Las ventanas de la princesa daban sobre este jardín.

Cuando Badicán veía que la princesa se asomaba, se ponía unos trajes suntuosos y muy bellos, como los los que usan en Oriente los grandes señores. Aquello bastó para que la princesa se fijase en él: — ¡Qu, guapo mozo! ¡Qué fuerte caballero! ¿Quién será? — La princesita comenzó a intrigarse.

Llegó a no dormir, pensando en Badicán. Por último, le mandó un recado con una sirvienta. Badicán le contestó que necesitaba hablar con ella. Ella le dijo que aquella tarde bajaría con otras amigas a la orilla del mar.

Badicán montó en su caballo al llegar la hora y se fué a la playa. Pronto divisó a la princesita en medio de las damas palatinas. La princesa le vió también, y en seguida se separó un poco del grupo. Badicán, sin perder un momento, espoleó con fuerza al caballo, llegó como una flecha, cogió a la princesa y escapó.

Las damas y caballeros quedaron al pronto aturdidos y sin saber lo que hacer. Luego, desesperados y dando gritos, se lanzaron hacia la población, pidiendo auxilio al rey. Este mandó que, sin pérdida de tiempo, salieran sus soldados en persecución de los fugitivos.

¡Allá van los ginetes! ¡Allá van, como alma que lleva el diablo! Aunque Badicán lleva delantera, pronto será alcanzado.

Badicán se detiene. Deja a la princesa detrás de una roca y sale al paso de los soldados.

¡Aquí doy, aquí pincho, aquí aplasto! La espada de Badicán, que para Can-Bogú era como un alfiler, para los soldaditos aquéllos era como la tizona del Cid.

Los soldaditos, al verse matar



de aquel modo, huyeron.

Badicán pudo seguir su camino, simpre volando, temeroso de que acudieran otros guerreros. Llegó al río y lo cruzó sin desmontarse. Cuando estuvieron en la otra orilla, la princesa le dijo:

—¿Qué amor me tienes que no me hablas? Sospecho que no me quieres y que me robas no para ti, sino para otro.

Badicán confesó que así se lo había prometido a Can-Bogú. Al oír aquello, la princesa lloró; dijo que nunca sería la esposa de Can-Bogú y se dispuso a arrojarse desde una peña. Pero Badicán, conmovido la consoló, diciendo que ya buscaría la manera de chafar a Can-Bogú y de ser esposos.

En esto, llegó el gigante, el cual se deshizo en muestras de cortesía y júbilo.

Fuéronse los tres hacia el castillo, y cuando Can-Bogú habló de matrimonio a la princesa, ésta le dijo que había jurado a sus padres no casarse nunca sin haber tenido siete años de relaciones con su novio.

Can-Bogú le contestó que esperaría siete años y cuarenta si eran precisos, pero que no la dejaría salir de su castillo.

Todos quedaron conformes al parecer, pero lo princesa y Badicán no pensaban más que en quitar de en medio al gigante. Había que descubrir el secreto. Y, en efecto: una tarde que la princesa tenía echado a sus pies al gigante contemplando las estrellas y hablando una porción de cosas, le dijo de repente:

—Can-Bogú, nunca me has revelado el fondo de tu alma. Por eso estoy triste. Mientras tú no me digas en dónde tienes oculta tu fortaleza, creeré que no me amas. ¿Por qué no te hacen daño las flechas ni las espadas de tus enemigos? Si no me lo dices es que no me quieres, y entonces prefiero morir.

Can-Bogú, ante las súplicas de su amada, reveló el secreto.

A siete leguas de aquí hay una montaña blanca, donde vive un terrible toro blanco. Ese toro tiene en el vientre un zorro y el zorro un cofre y el cofre siete gorriones. Esos siete gorriones son mi alma, mi poder. Como nadie puede acercarse al toro, nadie los tocará y mi vida estará asegurada.

Ya no necesitaba saber más. La princesa contó la cosa a Badicán y éste, a los pocos días, pidió permiso de un mes para visitar a su padre.

Agarró un fogoso caballo y se fué a la ciudad, donde preguntó a unos sabios cómo podría vencer a un animal furioso. Los sabios le dijeron que valiéndose del vino.

Como Badicán había oído a la princesa que el toro bebía todas



las mañanas en una fuente que tenéa siete pilones, compró siete pellejos de vino, se fué a la montaña blanca, vació de agua los pilones, los llenó de vino y esperó a que bajase el toro.

Este apareció poco después, y al oler el vino dió saltos de furia y huyó sin beber. Badicán tuvo calma. Al día siguiente bajó de nuevo el toro y, como la sed le quemaba las entrañas, bebió del vino y cayó borracho.

Entonces, Badicán le cortó la cabeza y le abrió la barriga. Sacó el zorro, que también estaba borracho, y lo descuartizó, sacando el cofre.

Can-Bagú, en el castillo, perdía la razón y echaba sangre por la boca. Badicán hizo saltar la cerradura de la caj.

Can-Bogú echab sangre por todas partes y gritaba:

—¡La princesa me hizo traición! ¡Han matado al toro blanco! z

Badicán destapó la caja y estranguló a todos los gorriones.

Al morir el último, cayó Can-Bogú al suelo y se rompió la cabeza contra un banco de mármol. Un humo negro se escapó de su nariz. Estaba muerto.

Badicán montó a su caballo. Fué corriendo al castillo. Abrazó a la princesita querida y, a los pocos días, recibieron la bendición de Dios.

Así acabó la aventura de Badicán.

Los Servicios Públicos: El Puerto

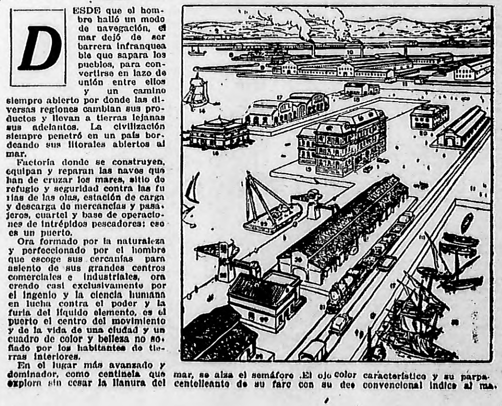


DESDE que el hombre halló un modo de navegación, el mar dejó de ser barrera infranqueable que sapara los pueblos, para convertirse en lazo de unión entre ellos y un camino siempre abierto por donde las diversas regiones cambian sus productos y llevan a tierras lejanas sus adelantos. La civilización siempre penetró en un país bordeando sus litorales abiertos al mar.

Factoría donde se construyen, equipan y reparan las naves que han de cruzar los mares, sitio de refugio y seguridad contra las furias de las olas, estación de carga y descarga de mercancías y pasajeros, cuartel y base de operaciones de intrépidos pescadores: eso es un puerto.

Ora formado por la naturaleza y perfeccionado por el hombre que escoge sus cercanías para asiento de sus grandes centros comerciales e industriales, ora creado casi exclusivamente por el ingenio y la ciencia humana en lucha contra el poder y la furia del líquido elemento, es el puerto el centro del movimiento y de la vida de una ciudad y un cuadro de color y belleza no soñado por los habitantes de tierras interiores.

En el lugar más avanzado y dominador, como centinela que explora sin cesar la llanura del



mar, se alza el semáforo. El ojo centelleante de su faro con su color característico y su parpadeo convencional indica al marino entre las sombras de la noche el rumbo que sigue o el fin ansiado de su viaje. Con sus banderas multicolores, que flotan al viento entre el cordaje de sus altos mástiles, habla por señas, como un gigante mudo, a los buques que pasan a su vista: les indica la posibilidad o imposibilidad de entrar en el puerto, les avisa de las dificultades o peligros que deben evitar, llama al práctico que con mano segura ha de enfilar la proa del buque recién llegado, por los senderos de parajes peligrosos, y cuando divisa a un barco en peligro pide urgente auxilio a las estaciones de salvamento y envía una dulce esperanza a los náufragos. Tal un pastor erguido sobre alta roca vela por sus ovejas dispersas en la llanura. A sus pies, el puerto se abre como seguro redil. Las potentes barreras que el hombre ha cimentado sobre suelo movedizo y hecho surgir sobre el nivel de las aguas quebrantan la furia de las olas y mantienen la tranquilidad en el interior.

Allí los buques de guerra fondean en las dársenas de gran calado, los buques mercantes atracan en sus muelles junto a los amplios almacenes, los grandes transatlánticos echan sus anclas junto a las estaciones en que han de desembarcar y embarcar los pasajeros; los barcos averiados por la furia del mar o por cualquier accidente acuden, para ser reparados, a los diques, secos unos flotantes otros como gigantes barcazas, de los que una potente bomba se encarga de sacar el agua para mantenerlos en flotabilidad.

La vida del puerto es vida de actividad y potencia. Los arsenales y dársenas construyen y lanzan al mar nuevas naves, riqueza del país; las dragas excavan los fondos que van cegando las aguas en continuo acarreo; las barcazas transportan las mercancías y las potentes grúas con su chirriar monótono y rítmico las embarcan y desembarcan de continuo.

Entre tanta actividad sonríe alegre y coquetón el club náutico y de regatas, escuela donde los jóvenes de hoy, los hombres de mañana aprenden a conocer y amar al mar para saber un día dominarlo; y no lejos alza su desnuda arboladura el buque asilo naval, que acoge a los hijos desválidos de los marinos, héroes de ayer.

El museo oceanográfico atesora para admiración de los visitantes los misterios del mar y de sus profundidades; y como cerebro regulador de toda esta vida intensa, la capitanía del puerto ordena y dirige, para su mayor rendimiento, todos y cada uno de sus organismos.

Amemos al mar; admiremos sus héroes; mar, puerto, son riqueza, son comercio, son civilización, son vida de un país.

LOS CEMENTERIOS MARINOS

CUANDO, a mediados del siglo XV, los portugueses establecidos en las costas del Atlántico empezaron a salir de la postración en que el yugo sarraceno les tuvo sumidos, y a navegar por los tempestuosos mares que se extienden hacia Occidente, en busca de territorios inexplorados y fabulosos tesoros, se extrañaron de ver las motas de una rara especie de alga marina, que las olas arrojaban de cuando en cuando a las playas de las islas Azores, de Madeira y Canarias.

A esa misteriosa planta marina los navegantes portugueses le dieron el nombre de "sargaço", palabra que, como su afín castellana, "sargazo", se deriva de un antiguo vocablo ibérico, "sarga", que significa "uva". Aquella extraña alga, en efecto, provista de largos y densos frondes, produce una bolitas huecas que presentan el aspecto de un racimo amarillo. Estas cápsulas o vesículas llenas de aire, desempeñando el oficio de diminutas boyas, mantienen a flote el sargazo en la superficie del mar.

Luego, al extender los marinos portugueses sus exploraciones y aventuras a lo largo de la costa occidental de Africa, se encontraron frecuentemente con que navegaban por inmensas extensiones de mar en calma, densamente cubierto de capas de flotante sargazo. Mas no eran los portugueses, en verdad, los que por vez primera observaban este curioso fenómeno. Hace unos 3.000 años lo habían notado ya los fenicios, cuando salieron por el estrecho de Gibraltar explorando las costas de Portugal y el Marruecos atlántico. Y, andando el tiempo, comunicaron la noticia de esas masas flotantes de algas, a los admirables geógrafos e historiadores griegos, pertenecientes a los cinco siglos anteriores al comienzo de la Era Cristiana. Sin embargo, esas observaciones, como las de los portugueses del siglo XV, se referían únicamente a rastros o barruntos de algo desconocido que debía hallarse mucho más adentro del mar. Y en efecto: el verdadero Mar de los Sargazos, que ocupa una vasta extensión en el Atlántico, no fué visitado y descrito hasta últimos del siglo XV, en 1492, cuando Cristóbal Colón, capitaneaba las tres inmortales carabelas españolas — la "Pinta", la "Niña" y la "Santa María" — que debían descubrir el Nuevo Mundo, navegó intrépidamente desde las islas Canarias hacia mar adentro, hacia lo desconocido, en busca de una ruta directa para las Indias.

Al comenzar la segunda semana de este estupendo viaje, dos de las carabelas españolas conducidas por Colón entraron insospechadamente por primera vez desde la creación del mundo en el Mar de los Sargazos, virgen aún de toda huella humana. Las naves iban casi siguiendo exactamente la línea del trópico de Cáncer, en los 23 grados 30' de latitud. Al amanecer de un domingo se hallaron avanzando lentamente por una extraña y maravillosa región, semejante a una inmensa pradera inundada y sin término, sobre cuya superficie empapada de agua yacían esparcidas incontables matas de un alga áspera y herviforme. Eran los prados marinos cubiertos de sargazos.

Los marinos prorrumpieron en grandes exclamaciones de júbilo, creyendo equivocadamente que aquellos signos anunciaban la proximidad de la tierra. Pero en realidad — y ello debía constituir, luego, un gran desencanto — sólo habían andado la tercera parte de su heroico viaje; y aquella densa acumulación de algas, que parecía anunciar la tierra firme, se dilataba por el inmenso espacio comprendido entre las proximidades de las Azores e Islas de Cabo Verde, y las remotísimas islas Bahamas, entonces todavía innominadas, porque eran desconocidas. La maravillosa pradera precursora de la tierra, no era otra cosa que un inmenso mar.

Las carabelas siguieron navegando. Y en los días sucesivos los marineros no dejaron de advertir, con indecible asombro, la presencia de pequeños y raros cangrejos que pululaban entre la hierba marina, así como un gran número de pulpos menores perceptibles sólo por sus movimientos, pues en virtud de un curioso "mimetismo" o adaptación al medio en que vivían, sus fláccidos cuerpos remedaban casi exactamente el color de las algas. También vieron vagar, a flor de agua, numerosos peces de forma alargada y tubular, así como los peces-ámbar y los "pejesapos", de tan fantásticas y extrañas formas como nunca hasta entonces los habían contemplado ojos humanos...

Hay por lo menos, cinco especies de sargazos, los cuales parecen crecer originariamente en el Mar Caribe y a lo largo de las costas de la América Central. La corriente del Golfo de Méjico los arrastra luego y los esparce, hasta que otras corrientes diversas y los vientos alisios los empujan hacia un vasto remanso que está entre las Azores y las Indias Occidentales.

En este remanso, región de relativas calmas, está situado uno de los más grandes "cementerios marinos", llamados así porque en sus parajes el alga crece tan densa, que opone un grave obstáculo a la navegación. Hasta época muy reciente circulaban fantásticas historias de navíos encerrados en la masa de flotantes algas, donde permanecieron cautivos hasta que se les abrió una vía de agua y se hundieron debajo de la superficie, pero quedando envueltos por la vegetal urdimbre de los sargazos. Estos rumores motivaron una famosa expedición a bordo del "Michel Sars", en 1910-1911. El misterio de las tumbas marinas fué disipado en gran parte. Pero se concibe perfectamente que, antes de conocerse la navegación a vapor, y en épocas de extraordinario desarrollo del alga marina, muchos navíos de vela quedaron apresados y perecieron horriblemente, con toda su tripulación, entre las inextricables redes de los sargazos.

He aquí una bella y fantástica descripción de cierto viaje imaginario a uno de esos vastos cementerios de leyenda y de ensueño:

"Ante los maravillados ojos de los náufragos — escribe el novelista norteamericano C. Marriot — apareció, destacando entre los giros de la bruma marina, una masa vaga y sombría, semejante a un promontorio aislado en la inmensidad del mar. Su base, iluminada débil e irregularmente, parecía un acantilado roído por hondos barrancos sobre los cuales albeaban vagas formas blancas — algunas casas sin duda — brillando bajo la calsada caricia de los postreros rayos del sol. Y ese cuadro de ensueño parecía tan real y palpable, que al contemplarlo se les saltaban las lágrimas a los pobres náufragos.

"—¡Dios mío! — gritó uno de ellos, irguiéndose sobre la borda de la canoa que les conducía — ¡Eso es tierra! ¡Eso es tierra!

"—¡Qué va a ser! — murmuró otro, con profunda tristeza—. Eso no son más que pecios, un inmenso montón de cadáveres de navíos abandonados en un cementerio del mar.

"La bruma se disipaba lentamente, al soplo de la brisa nocturna. Y entonces, en el aire claro y despejado del atardecer, se les apareció un angustioso, un tremendo espectáculo.

"Un número infinito de pecios, de cascos en ruinas, se extendían sobre las aguas, a derecha e izquierda, hasta perderse a lo lejos. Las naves muertas, de mil formas variadas y de mil clases diversas, se amontonaban tumbadas unas contra otras. Las había que eran antiquísimas y desconocidas, de tiempos pasados y remotas edades; otras eran nuevas, recientes, apenas salidas de los astilleros modernos. Ni una sola había llegado a hundirse. Apretujadas unas contra otras, en el eterno silencio de aquel cementerio naval, aguardaban su interminable y definitiva ruina.

"Los mástiles ya no eran mástiles, sino simples palos todavía sostenidos por la inextricable red de sus cuerdas. Lo que desde lejos parecía un acantilado, no era más que el montón uniforme y negruzco de los cascos muertos; y las casas que albeaban al sol moribundo, se reducían a los restos de los puentes pintados de blanco y a pedazos de velas que flotaban suspendidos de las vergas decrépitas.

"El silencio era absoluto. Y, bruscamente, mientras los náufragos contemplaban horrorizados el cuadro, desapareció el sol. A la súbita extinción de la luz, tan característica de los trópicos sucedió una obscuridad en la cual todas las formas se hundieron en una masa compacta. Las tinieblas eran tan densas como las aguas del mar.

"Uno de los náufragos exclamó, estremeciéndose:

"—¡No hay más remedio! Vamos a pasar la noche en uno de los más grandes y solitarios cementerios del mundo: el cementerio de los barcos perdidos"...

Pero, como en todas las obras de entretenimiento el pintar y el querer son lo mismo, los náufragos del novelista, después de visitar un mar de sargazos y sorprender sus misterios, pudieron felizmente regresar a sus casas. ¡Dichosos los que sólo viajan con la imaginación!

SIR H. H. JOHNSTON.
(Capitán de navío)

(De "El Mar de los Sargazos).

La planta marina llamada: Sargazos

La Tortuga que se Perdió por Hablar

UNA vez, era una tortuga que vivía en un lago. Allí, en su vecindad, y muy cerquita, tenían el nido dos cisnes que se le habían hecho lo que se dice la mar de amigos. Al despuntar el día se llegaban a la vera del agua y se pasaban todo el día juntos contando historias; y hasta el pardear de la puesta del sol no volvían al refugio del nido.

Pero he aquí que vino una larga temporada de sequía y el estanque quedó enjuto como un arenal. Los dos cisnes, entristecidos, dijeron a la tortuga:

—Amiga, en este lago no hay agua para bañarse ni para mirarse, ni para beber siquiera. ¿Cómo te las arreglarás tú para vivir en él? Y a nosotros, la verdad, la pluma no nos llega al cuerpo.

La tortuga que no tenía otra preocupación y cavilación, respondió:

—Es bien cierto, amigos míos, y nos urge encontrar remedio, presto. Porque el sabio, cuando sobreviene la desgracia no se desespera, sino que se industria para salir de ella cuanto antes. He pensado, pues, que podríais buscar una cuerda sólida o un bastón no muy pesado; lo sostendríais cada uno de vosotros por un extremo y yo me aferraría con los dientes a la parte del medio. De este modo sería fácil llevarme a algún otro lago que conocieseis, más lleno y ubérrimo de vegetación.

—Bien pensado, amiga —respondió después de un instante de reflexión el más sesudo de los cisnes—; pero has de hacer voto de silencio, porque si no, caerías de cabeza desde las nubes y te romperías la crisma.

Lo hicieron tal como lo habían dicho. Volando, volando, pasaron por encima de una gran ciudad. La gente, atónita, abría la boca.

—¡Ay, ay! —decían algunos—. Mirad que especie de cosa como rueda, que acarrean aquellos dos pájaros.

La tortuga que oyó aquella algarabía, se ofendió y replicó:

—¿No visteis nunca volar una tortuga?

Pero apenas abrió la boca, olvidada de su voto de silencio, la desdichada cayó desde las nubes.

Y aquel día, en la ciudad, se comió sopa de tortuga.

EL CHACAL IMPOSTOR

Los animales todos rindieron una vez tributo a un chacal audaz, pero...—



UNA vez un chacal del bosque, tan perecido de hambre que no veía, entró a una ciudad, a la ventura, por ver si cazaba algo. Pero al instante le echaron la vista encima los perros, y lo cercaron de todas partes y comenzaron a mofarlo y a clavarle los afilados colmillos en los lomos. El fiero animal, no sabiendo cómo plantar cara a unos enemigos tan bien armados y en tanto tropel, se echó atrás y se coló de rondón por la primera puerta que toparon sus ancas. Era la casa de un tintorero, donde había una gran caldera de tinte azul. Cuando se dió cuenta de lo que hacía, ya se había dado un chapuzón. No hay que decir que salió tan fantásticamente teñido de azul, que ni los mismos canes lo conocieron, y todos se marcharon cada uno por su lado.

Anda que andarás, el color que no se le iba. El chacal llegó a un bosque. Al ver aquella catadura de fiera del otro mundo, todos los moradores del bosque huyeron medrosos. Leones, tigres, panteras, lobos y elefantes los monos de los árboles, las aves del cielo, las ranas de las charcas... todo bicho viviente escapó como pudo.

"La bestia de seso no se fía de quien no sabe a dónde va, ni de dónde viene, ni qué quiere, ni qué puede".

El chacal entonces, comprendió que iban atolondrados y aturdidos de miedo y les echó un grito:

—¡Eh, eh, bestias! ¿Por qué huís tan desaforadamente? No temáis. Es el dios Brahama quien me envía. Me ha dicho: "Los animales no tienen rey. Ve presto, ungido por mí, y hazlos felices bajo tu cetro". Por eso he venido para que viváis todos a la sombra de mi quitasol. Soy el rano de los animales de los tres mundos.

Todas las bestias humillaban la frente, comenzando por el león y el tigre y musitaban: "Mandad, señor poderoso, ungido del dios Brahama".

Entonces dió al león el cargo de primer ministro, al tigre el de gentilhombre de cámara, a la pantera de cocinera y al elefante el de portante del quitasol. De los chacales no quiso ni oír hablar: todos fueron desterrados del reino por papacarroñas.

De esta suerte, gobernando el león y a las otras fieras salvajes de poderosa zarpa, cazaban bestias y se las tiraban a su majestad a los pies, y él entonces las repartía según su ley real. Hay que hacer constar, que lo que se dice rematadamente mal, no lo hacía.

Se deslizaron los días, cuando una tarde se oyeron en la lejanía los aullidos de una partida de chacales. Al oírlos, al azulado Cucudruma, que estaba en pleno consejo de ministros, se le erizaron todos los pelos del cuerpo; y aun se le llenaron los ojos de lágrimas; y hasta se le escapó un aullido de alegría. Fué un primer impulso, porque hasta los chacales tienen su corazón, pero bastante. El león y los demás ministros conocieron el fraude al oírle ulular y se les cayó la cara de vergüenza.

—Este rey es un impostor — dijeron todos a una; no es más que un ruin chacal. Matémoslo.

En aquel mismo punto y hora, acabó el reinado y la vida del rey Cucudruma y quedó lavado el honor de las fieras del bosque, mezquinamente engañadas.

da Robos y Hurtos, para que efectúe- | en conferencia con el señor Urquiola por

Aventuras del GATO con BOTAS.

ZAPIRON PRESENTA SU CANDIDATURA A CONCEJAL



No estará de todo mal,
Zapirón de concejal



Elegante y erudito
así comienza el gatito



Su conferencia asusta
y al mismo tiempo ilustra



El tal Leónidas rechista
como una escuela realista



Su saber los tiene alerta
y con la boca abierta



Crece la erudición
de nuestro buen Zapirón



Es tal su celebridad
que lo ataca "Claridad"



Vaya unas vidas perdidas
dijo quien lo conocía



Su prestigio se acentúa
como Carlos de la Púa



Para mi mal de riñones
este es Leopoldo Lugones



Es un gato cabalista
y hasta medio socialista



Agerrado a su manía
inventa de noche y día



Ni a los poetas respeta
este gran gato petreta



Pero el público amolado
ya estaba muy cansado



el ga..to caradura
llevará una pateadura



el ensayo electoral
por cierto le salió mal